

Martín Emanuel Santana Ibarra

Seudónimo: Enro

¡Levantemos el telón!

Ahora en este 2092 puedo irme en paz, porque aquella niña llamada Luna cambió mi vida como educador. Con 90 años y apunto de estar en la tumba, producto de un cáncer de páncreas, tengo en mis manos la foto de sexto grado en la escuela Víctor Pérez Flores, en Caimito. Ahí están mis primeros alumnos como docente. En el centro de la fotografía aparezco yo cargando en un brazo a Luna y ella se lleva una malva a la boca, mientras los demás echamos una sonrisa.

Faltaba poco para culminar el año lectivo 2022. Mis alumnos de sexto grado permanecían en una ambivalencia. Primero, porque cambiarían al colegio, ya fuese en el mismo Caimito o en la Conte Lombardo; el otro motivo sería que me echarían de menos, ya que solo quedaban dos semanas para culminar todo.

Como era viernes, me correspondía entregar el informe semanal a la directora. Por eso cuando sonó el timbre, dejé a mis alumnos en la entrada de la escuela para que sus acudientes los recogieran, solo algunos se iban solitos a sus casas. Después de esto me quedé borrando los apuntes del día en el tablero.

El bullicio de los estudiantes se apagó desde hacía una hora. Mis compañeros, de seguro, esperaban que yo llegara a la reunión con la directora Villareal sobre la fiesta de despedida para los niños. Le pasé el borrador al tablero hasta dejarlo en blanco, incluso le apliqué un poco de alcohol para dejarlo impecable.

—Maestro Eduardo —Me voltee para ver quién era.

—¿Luna? ¿Qué haces aquí todavía? —Me acerqué a la pequeña que se sentó en mi puesto—. ¿No se supone que te ibas sola para la casa?

—Lo que pasa es que debo quedarme donde una vecina, porque mi mamá viene a las 7 de la noche de Penonomé.

—Pero ve a la casa, no deberías estar aquí —Me le quedé mirando—. Además ¿Ya comiste algo?

Como Luna contestó que no, la invité a la cafetería que estaba a punto de cerrar. Le pagué el almuerzo y nos sentamos en el comedor. Ella movía los pies con cada mordisco al emparedado.

Desde el primer día de clases Luna desviaba la mirada cuando me acercaba en los interrogatorios sobre un tema. A veces cuando le lanzaba una pregunta, escondía el pecho y bajaba la cabeza. No importaba cuál forma buscara para quitarle esa timidez, nada daba resultado. Hasta que un día, al final de una clase, tuve una conversación con ella. Luna, era esa clase de estudiantes que contaba más secretos a su maestro, en lugar de sus padres que no la escuchaban. Ella me soltó la historia que echaba de menos a su padre desde muy chica. Al preguntarle si acaso había muerto, ella respondió que él tenía otra familia y la madrastra no dejaba que se acercara.

—Yo quisiera abrazarlo —añadió con los ojos que explotaron en llanto.

—Ya, Luna, no llores más, tranquila —Me la llevé en brazos aquella vez.

Desde entonces Luna alzaba la mano en cada interrogante que realizaba en el salón. A pesar que no teníamos la misma sangre, me llené de orgullo cuando portó la bandera nacional y llevaba la cinta tricolor en diagonal en el pecho, mientras recorrió el desfile del 6 de noviembre en Penonomé.

Cuando Luna terminó el almuerzo, me contó que no tendría otro maestro como yo en el colegio y siempre pondría en práctica todo lo aprendido. Quiso saber después si habría fiesta como cada final de año, a lo que respondí que por supuesto.

—Teníamos pensado hacer algo más, pero con la comida es suficiente.

—¿Qué pensaban hacer, maestro Eduardo? —me preguntó.

—Una obra de teatro que haría con otros maestros, pero solo son ideas locas mías, no me hagas caso.

Hubo algo en los ojos de Luna que hablaban por sí solo.

—Me gustaría ver una obra de teatro, nunca he visto una. ¿Por qué no lo hacen, maestro Eduardo?

En un rato estaría en la casa de Marta por Villa del Carmen en Cristo Rey. A pie sería un laberinto encontrar la vivienda, pues habían callejones por doquiera, pero los taxistas eran GPS humanos para llevarme desde la calle Damián Carles hasta la casa de mi compañera de trabajo. El taxista evitó entrar por Super Carnes que parecía una Vía España lleno de carros.

Cuando miré mi mano izquierda, el reloj marcaba las siete de la noche. Tenía como tres horas para quedarme. En medio de la carrera, el taxista, compañero de bachiller, me informó que le escribiera para llevarme a casa otra vez. Le agradecí por tal consideración y prometí hacerlo.

El taxista me dejó en una casa con bastante relleno en el piso, producto del bajón de una loma. Le pagué el 1.50, luego se marchó por otro pasajero en El Encanto. Alguien en la ventana de la casa sacó la cabeza y se ocultó. Sonó el cerrojo de la puerta y salió Marta en una pijama a medio muslo.

Ella sacó de la casa un *cooler* y lo puso en la mesa. Dentro contenía un *six-pack*. Marta tomó asiento al igual que yo, por ningún momento se le ocurrió prender las luces del jardín. Chocamos las latas de cerveza y nos tiramos el primer trago. Después de un día de aquí para allá que tuvimos en el trabajo, una cerveza levantaba el alma.

—Veo que estás haciendo un anexo para un cuarto ahora mismo —le comenté.

— Así es. Unos tipos de Cañaveral lo están terminando —dijo y después cambió de tema—. ¿Te pasa algo, Eduardo? Te veo muy pensativo.

Luna era la razón para compartir la idea de la obra de teatro, pero Marta no era mujer de esas cosas, pues en cada quincena se iba de viaje con quienes compartían el mismo pasatiempo. Ella era libre y podía hacerlo. Julio, ella y yo éramos los novatos de la escuela Víctor Pérez Flores, pero en el fondo solo yo no quería quedar como uno del montón, quería marcar la diferencia como me inculcó el maestro Vallejos. Me hubiese gustado que Marta lo viese así, pero no podía forzarla. Aquella tez caucásica y cabello afro proveniente de Santiago de Veraguas me cautivó desde el primer día, pero su forma de vivir no compaginaba con el mío y, a lo lejos, se vaticinaba muchos desacuerdos en una relación tóxica.

Marta se tiró una segunda lata, ya que me quedé en el aire con la respuesta. Me terminé la que tenía y agarré otra del *cooler*.

—¿A ti cómo te gustan las mujeres, Eduardo?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No lo sé. Casi termina el año y no te he visto salir con nadie. Eso se me hace muy raro, porque feo no eres, solo un poco inseguro.

Me le quedé mirando por el último comentario. Ella permaneció con la lata de cerveza en los labios y no apartaba los ojos de mí. Después soltó una carcajada y palmeó mi brazo.

—Si fuese inseguro, entonces, no sería maestro. ¿No lo crees?

—Te voy a decir una cosa, Eduardo, y espero que me respondas mirándome a los ojos.

Otra vez salía con las preguntas de pruebas. Me tiré una tercera lata de cerveza para estancar su tema de conversación. Yo pertenecía a ese tipo de bebedor que a medio *six-pack* me daba ganas de tirarme a la cama, pero con la botella de vino era distinto. Mi cabeza me dio un par de vueltas, pero era consciente de cómo me comportaba.

Marta entró en busca del celular. Lo puso al lado del *cooler* y salió una canción de Maná. Aunque sus pupilas se dilataron, le seguí la corriente a sus ocurrencias. Me agarró de la mano y me propuso bailar. Entonces la agarré por la cintura y ella me rodeó con sus brazos en mi cuello. Empezamos a dar vueltas en parsimonia y nunca nos quitamos la mirada. Sus ojos café y sus labios carnosos me cautivaban por tenerla por siempre, pero su forma de vida disipaba cualquier ilusión de mi vida con su vida.

Luego de dos canciones de Maná en solitario, vino una con el guitarrista Santana. Marta no aguantaba las ganas de reír y empezamos a cantarla. A veces iba yo solo en el canto; otras me respondía ella. Nos fuimos de un lado a otro con la melodía y dimos vueltas, aunque en un momento puso el pie sobre el mío y casi se fue al suelo, por suerte, pude apañarla a tiempo.

La música se apagó en la sexta canción. Ahí le sostuve la mirada a Marta a pocos centímetros

de sus labios. Ella miró mis ojos y mis labios esperando que yo hiciese el primer movimiento. La besé, pero en la mejilla y con mis brazos la apreté hacia mi pecho. Marta hizo lo mismo, aunque no era lo que esperaba. Luego se fue por otro *six-pack* y yo tomé asiento. Ella tuvo largo rato en regresar.

Abrimos otras latas de cerveza y la música continuó. Saqué el celular y le escribí a mi compañero de bachiller que viniera en camino. Él me contestó con el emoticón de un pulgar alzado.

—No soy esa clase de mujer que te gusta. ¿Verdad? —me preguntó Marta cuando iba a tirarme otro trago. Estaba ella a punto de estallar en lágrimas.

—No es eso, Marta. Solo que tú tienes una forma muy distinta de ver la vida como yo. Además, no es buena idea tener una relación en el mismo lugar de trabajo.

—¿Acaso la directora te lo prohibió?

Me levanté del asiento e hice que se levantara también. La abracé y ella me apretó como para no soltarme jamás. No le dije más nada en ese momento. Luego le miré a los ojos.

—Solo te haré una pregunta. ¿Me ayudarías en hacer una obra de teatro para despedir a los niños de sexto grado?

—¿Una obra de teatro? Eso es perder el tiempo, Eduardo. Suficiente tienen con la fiesta que se les hará.

—Ahora entiendes por qué no podemos estar juntos.

Al rato el taxi se detuvo en la calle y traía un pasajero, se trataba de Julio. Le agradecí a Marta por las cervezas y le estreché la mano a Julio que se aproximó. Me preguntó si tenía apuros en irme y le contesté que tenía que escribir un guion para una obra de teatro y todavía yo no tenía la idea concreta en la cabeza. Me subí de copiloto en el carro. Desde la ventana aprecié como Julio abrazó a Marta. El taxista me palmeó el hombro, arrancó y me llevó para la casa.

No eran muchos maestros en la escuela Víctor Pérez Flores, pero cada uno se destacaba como docente. Elegimos un salón para discutir otra vez con la directora sobre la organización de la fiesta de los niños. Pocas veces había tiempo para estar juntos, pero en el transcurso del año lográbamos varios objetivos. A veces nos poníamos de acuerdo para irnos de viaje, aunque yo no era amante de hacerlo en grupo, sino en solitario, pero de todos modos iba y la pasaba excelente.

La directora Villarreal planteó una cuota para recoger fondos para la fiesta, no sería mucho, había recalado. Ninguno dejó la mano abajo de no apoyar la decisión, pero ella me preguntó si me pasaba algo, porque no había aportado nada en la conversación. Fue entonces que me levanté del asiento.

—¿Por qué no hacemos una obra de teatro? —Todos se miraron unos a otros.

—¿Una obra de teatro dices, Eduardo? Dinos cómo haremos eso posible —quiso saber Julio que cruzó los brazos en el pecho.

—Me ofrezco hacer el guion y dirigirlos. Ustedes serán los actores. Hagamos esto por los niños que saldrán de sexto año.

—¿Y de qué tratará la obra? —preguntó Marta.

—No lo sé, quizás, alguna historia de fantasía, porque esto a los niños les encanta.

—No sé qué decir, maestro Eduardo —dijo la directora Villarreal mirando a los demás—. ¿Qué opinan ustedes? Alcen la mano los que dicen que sí.

Vivir en Caimito no era mala idea después de todo, sin embargo, no era tarea sencilla conseguir un terreno cerca de la escuela. La gente del norte de Penonomé cuidaban las tierras generación tras generación, pero yo no me quejaba de tener una casa en la calle Damián Carles en Penonomé.

La vivienda apenas tenía un jardín para estacionar uno o dos carros. De lunes a viernes viajaba más de 20 kilómetros rumbo a la escuela Víctor Pérez Flores. Al principio me costaba mantener esa rutina de los viajes, porque cuando salía del trabajo solo pensaba en tirarme a la cama y olvidar todo alrededor.

Semana tras semana formé un lazo con mis estudiantes, pues ellos me impulsaban a continuar

las clases. Todavía estaba en mi memoria el primer día que entré al salón, no como un estudiante, sino como un maestro. Había algo en esos niños que me decía: *En ti está el poder de destruir o mejorar para siempre nuestras vidas*. Ahora que tomaba en manos un libro de Cornelia Fünke para capturar una idea y plasmar en la obra teatral, había un debate entre hacerlo o no, debido a que el plagio no era lo mío. Quería una obra que los niños nunca habían visto. Cerré por un momento el libro y decidí sentarme en el portal.

Mi casa estaba en un cruce de tres calles, en medio de estos, permanecía un poste de luz sobre un pataconcito. Busqué una banca y me quedé viendo que apareciera un gato o cualquier cosa para tener la idea de la obra, pero nada me salía. En el fondo no deseaba infundir falsas esperanzas a Luna. Ni siquiera el bullicio de las novelas turcas de los vecinos me incitaban una chispa de inspiración.

La verdad que a veces me metía en problemas sin sentido, pues bien pude decirle a Luna que la obra teatral no iba nada. Quizás, la directora Villareal estaba en lo cierto al decirme: *Eres muy joven, maestro Eduardo. Apenas estás comenzando como docente. Debes entender que el mundo no es una fantasía lleno de deseos. Eso se deja para los adolescentes*.

Apenas me argumentaba esa idea, yo no me quedaba con la boca cerrada, pues solía contestarle: *Entonces pretende que todo sea igual, que nada cambie. ¿Verdad?* Sabía de antemano que a veces nadie apoyaba las ideas de otro para no lograr nada, pero mis estudiantes merecían un cambio de actitud de docente como lo hice yo. Cuando le dije mi punto de vista, no me dijo más nada, pero le dejé en claro que a veces caminaba en los pasillos y notaba cómo los niños se mofaban de qué maestro era mejor que otro, aunque yo no lo tomaba como verdad, pues eran niños y les faltaba más de la vida para entender que hay gente dispuesta a dar la milla extra; otras no.

Aún guardaba en mente el maestro que me sacó de la timidez. Por eso a Luna la veía como un reflejo de mí. Aquel maestro, de apellido Vallejos en la Simeón Conte, me detuvo un día y me dijo que todos teníamos potencial para liderar, pero el miedo era un monstruo interior que ahogaba toda esperanza. Esa mañana me explicó cómo hablar en público y poco a poco perdí el temor y me convertí en un experto en las exposiciones. Desde entonces el maestro Vallejos me colocaba como coordinador en varias actividades.

En el colegio y en la universidad mantuve la misma actitud de tomar la batuta cuando nadie quería hacerlo, pero la directora Villareal ya era jubilada y su experiencia le daba la razón, solo era yo un soñador que pretendía cambiar el mundo. Me dolía por Luna, pues ella ya había comentado a sus familiares de la obra de teatro y yo ni el guion había hecho. De todos modos le echaría ganas en el intento para proponer otra vez la idea en la reunión y a ver si mis compañeros salieran de ese lugar de conformidad.

No era amante de mucha televisión, por eso no tenía una en la sala, sino una estantería de libros. Me había quedado largo rato para terminar las últimas páginas de *Corazón de Tinta* de Cornelia Fünke. En la casa estaba yo solo como siempre, pero una luz desde afuera se adentró a la casa. Dejé el libro a un lado y abrí la puerta. Como no había encendido el bombillo de afuera, emergió la voz de la directora Villareal cuando se bajó del carro. Ella no llevaba nada en las manos, pero se me acercó con apuro.

—¿Qué hace aquí, directora?

—Necesito hablar una cosa urgente contigo.

La hice pasar a la sala. Pasé a la cocina a prepararle algo rápido y le llevé una taza de café como buen interiorano y un pan del Fulito Guardia que todo penonomeño reconocía con un mordisco. La directora Villareal me comentó que no venía para discutir sobre comida, sino de un asunto que se enteró a último momento. Cada minuto que pasaba y no soltaba la información parecía como el secreto de un crimen entre los dos. Más tarde al beberse el café, pasó a la cocina a lavarse las manos y regresó.

Puso la silla casi de frente al mío. Se me quedó mirando y después me preguntó que si de casualidad conocía un maestro Vallejos, este nombre evocó mi inspiración de niño, así que le asentí y añadí que él me impartió clases en la Simeón Conte. Con esto se produjo una pausa de un minuto.

—Tiene cáncer en los pulmones. Él está en el hospital Rafael Estévez en Aguadulce. Acabo de venir de verlo. Él es mi tío, su familia murió en un accidente en La Chorrera. Cuando le conté lo de tu obra, se emocionó tanto cuando le dije tu nombre, maestro Eduardo. Dice que quiere verte lo antes posible. Mi tío poco a poco está perdiendo fuerzas y ya no tiene más remedio que morir.

Quedé frío, porque al maestro Vallejos lo tenía en un lugar especial en mi corazón. Esa noticia era como una daga en el pecho. No supe qué responder, pero la directora Villareal mantuvo su postura que ninguno en la escuela apoyaba mi idea.

La última vez que me encontré con el maestro Vallejos fue en el colegio cuando me enteré que dejaría la escuela, porque se pasó de los años permitidos para seguir laborando. Los que tuvimos el honor como alumnos le realizamos un homenaje en la cancha. Habíamos montado una obra de teatro de tragicomedia. El maestro Vallejos no soportaba la risa y sus alumnos de aquel entonces gozaron también el momento.

Ese mismo día, acabado la función, me llamó detrás de las gradas y me contó que cuando estudió en la capital, se enamoró del teatro. No se perdía ninguna función. Luego cuando retornó a Penonomé como docente, inculcó ese amor por la dramatización a sus estudiantes, pues niños como yo sacaba ese talento que pocos conocíamos. Aquella palmada en el hombro y esa sonrisa de llamarme su mejor alumno, no por calificaciones, sino por la actitud, ahora me ponía fatal por saber que estaba a punto de elevarse a los cielos.

Le comenté a la directora Villareal que no podía faltar a las clases del día siguiente y salir de Caimito a Aguadulce y volver a la escuela, quedaría anestesiado en la cama por tres días. Comentó entonces que por honor a su tío me llevaría.

—No creo que mi tío aguante mucho, maestro Eduardo. Si acaso le queda una o dos noches de vida.

Me quedé sin decir nada, pero luego me puse de pie y le dije que en solo minutos saldríamos para Aguadulce.

Apenas ingresé al cuarto, saqué un abrigo y me lo puse sin cerrar en el pecho. Me llevé el reloj a la mano izquierda y marcaba la 7 de la noche. Como no había tráfico, quizás, en menos de una hora llegaríamos al Estévez. Habían varios retratos de familiares en la cómoda, entre ellos, estaba con el maestro Vallejos que me cargaba en un brazo, al lado tenía a mis compañeros que posaban con la lengua afuera.

Cerré la puerta de la casa. Dejé el bombillo exterior, porque antes de la medianoche o en la madrugada estaría en la casa. Me subí como copiloto. La directora Villareal metió la llave en el carro y solo me dijo lo siguiente:

—Cualquier cosa que diga mi tío. No me hará cambiar de opinión sobre tu obra de teatro. ¿Entendido?

Había una incógnita en mi mente, pero no salía de mi boca, pues era cómo entraría donde el maestro Vallejos si las visitas habían pasado. Cuando nos aproximamos a la entrada del Rafael Estévez, la directora Villareal notó algo que yo no decía. Después de escuchar mi duda, respondió que le escribiría a su hija Gabriela para que saliese un rato y me diese el espacio.

En eso que esperaba que Gabriela saliera, la directora Villareal me aconsejó que sacara el actor que llevaba adentro, porque las enfermeras me echarían afuera a como diese lugar.

—Por esa parte no se preocupe —le respondí.

Al maestro Vallejos lo tenían en la planta alta. Eso me informaron sus familiares afuera. No quise solicitar ayuda a los vestidos blancos, porque notarían lo perdido que andaba, así que mediante los otros familiares de pacientes me indicaron cómo llegar al lugar que buscaba. Varias enfermeras pasaron al lado mío, pero hubo una que me bisbiseo y yo me giré.

—¿Usted qué hace aquí? ¿Tiene algún familiar? —Era una enfermera que llevaba lentes cuadrados.

—¿Cuál es el nombre de su pariente? —me indagó otra enfermera bien maquillada—, pues solo se permite que entren los familiares.

—Soy nieto del maestro Vallejos —No le quité la mirada en ningún momento—. Apenas me enteré lo de mi abuelo. Tomé el carro y viajé desde Chiriquí, así que no puede impedirme que lo vea.

—Sé el gran esfuerzo que hizo —dijo la de lentes cuadrados—, pero la visita pasó hace tiempo. Venga mejor mañana.

—No te preocupes, querida, yo llevaré al muchacho allá afuera. Vamos.

—Él me quiere ver y se está muriendo y ustedes lo saben. ¿Me van a impedir hablar con mi propio abuelo? Qué descaro tienen ustedes para hacer eso, ah.

Las enfermeras se miraron y bajaron el volumen de su voz. La bien maquillada me guió el camino y comentó que solo seguían protocolos y, a modo de advertencia, agregó que en la próxima no entraría. A pesar de eso le solté un “gracias por todo” y entré.

El maestro Vallejos tenía la boca abierta con la mascarilla de oxígeno y alzaba y bajaba el pecho poco a poco. Me puse en el lado derecho. No supe si tocarlo o irme, debido al estado en que se encontraba. La enfermera bien maquillada me dijo, antes de marcharse al pasillo, que pronto sería la hora para apagar las luces, así que no demorara con la visita; aunque lo expresó con un tono de sarcasmo, porque el maestro Vallejos tenía los ojos cerrados y por nada los abría.

Tomé la mano del maestro Vallejos y este recuperó el habla al decir mi nombre. A duras penas soltó una sonrisa y me palpó la mano. Me invitó a tomar la silla y lo puse al lado. La temperatura en el cuarto estaba por el piso, así que me cerré el abrigo en el pecho.

El maestro Vallejos me narró la impresión que tuvo cuando la directora Villareal le contó de un muchacho que recién iniciaba la docencia y estaba loco con la idea de hacer una obra de teatro con otros maestros. Enseguida supo que se trataba de mí.

—Nunca pensé llegar así como estoy —Trataba de contener las lágrimas—, pero si hay algo que no me arrepiento, es haber hecho todo lo que quise. Te pregunto ahora, maestro Eduardo ... ¿Fui yo un buen docente para ti?

La pregunta me dejó en seco, pero yo saqué mi celular. Él se quedó en el aire al saber por qué no respondí, pero yo buscaba en la galería algo para mostrarle. Le enseñé la foto cuando era yo alumno suyo.

—Usted es mi ejemplo a seguir —le dije.

—Nunca dudé de ti, maestro Eduardo —agarró un aire para agregar—. Mi sobrina siempre le ha gustado no arriesgarse en hacer cosas nuevas. No la culpo por eso, pero yo no quiero que tú te dejes convencer por sus palabras. ¿Entendiste?

—Pero todos me dijeron que no quieren la obra, así que no podré hacer nada.

—Esa no es la actitud de un alumno mío. Con determinación se encuentra los medios. Tienes que estar muy seguro de lo que vayas a liderar. Nadie te hará caso si tiemblas cuando hablas. Tienes que hacerlo sin tapujos. Di las cosas claras y punto. Siempre debes insistir.

—Ni siquiera tengo el guion hecho, nada me inspira hacerlo.

—La inspiración es una basura. La disciplina es lo que te lleva al éxito.

El maestro Vallejos se llenaba de orgullo, porque los alumnos que pasaban en sus manos terminaban como buenos ciudadanos y se destacaban en lo que escogieron por el resto de sus vidas. Cada uno de nosotros ponía en práctica lo enseñado por él en la Simeón Conte.

La enfermera bien maquillada ingresó y me señaló el reloj en su mano, después se fue. Me eché en brazos al maestro Vallejos y este estalló en lágrimas, porque la muerte estaba a la vuelta de la esquina. Ambos sabíamos que el momento era un adiós.

—Debes creer en lo que haces, mi Eduardo. Fue un honor haber sido tu maestro.

—Y yo ser su alumno.

A los pocos minutos me metí en el baño y no soporté saber que nunca lo vería otra vez. Ahora no tendría modelo a seguir, sino que yo ahora lo sería para Luna. Lancé puñetazos a la pared del baño y los nudillos echaron sangre, pero el dolor físico no se comparaba con el de un sentimiento por alguien especial. Mi teléfono vibró y habían dos mensajes de la directora Villareal, donde avisaba que ya teníamos que regresar a Penonomé. Le escribí que iba en los pasillos.

En el trayecto a casa, pasando por el Boulevard de Penonomé, ella no había dicho nada,

porque mi rostro lo decía todo. Me sacudió el hombro a ver si mi mente estaba en el carro o volaba por otro sitio. Me le quedé mirando.

—Querías mucho a mi tío. ¿Verdad? —no le respondí—. Cuando él era joven, era inquieto como tú, siempre le gustaba dirigir cosas. Ahora entiendo por qué eres así, maestro Eduardo.

—Haré la obra, aunque sea solo. No me importa si usted no le parece buena idea.

—Si lo haces, serás el nuevo director de la escuela y yo podré dejar en buenas manos la dirección. ¿Aceptas el reto?

Le extendí la mano y se la apreté.

El lunes que transcurrió la clase como cualquier otro día, Luna no me quitaba los ojos de encima. Después que sonó el recreo me dirigí al restaurante de al lado y pedí algo ligero, pues no deseaba conversar con Luna en la cafetería. Así permanecí con esa actitud hasta la hora de la salida.

Cada uno de mis alumnos los conduje a la salida de la escuela, donde los acudientes se lo llevaron y los demás se fueron solitos. Al retornar al salón encontré a Luna en mi silla y jugaba con los pilotos. Me preguntó si la obra de teatro iba siempre. Me dediqué a pasar el borrador a los apuntes del tablero. Poco a poco Luna me comentó que sus hermanitas les gustaría ver la dramatización de los maestros. Hice una pausa y le contesté que nadie apoyó la idea. Luna tenía unos ojos que hablaban por sí solo y parecía que sus esperanzas se desvanecieron.

—Pero yo le dije a mi mamá y mis hermanas que veríamos una obra de teatro.

No le contesté nada a ese comentario, pero hubo algo que brotó en mi conciencia como si nada me detuviese. Luna se me quedó mirando raro y le pedí que mantuviese la invitación a su familia, porque la obra iba porque iba.

Logré que formasen una reunión de último momento. La mayoría sabían a lo que venía yo, pues me mostraron la contraria, antes que soltase una palabra, pero no di mi brazo a torcer.

—¿Qué les impide aceptar el reto? —les pregunté.

—Vamos, Eduardo, creo que todos fuimos claros en decir que no haremos ninguna obra —me dijo Julio.

—Quizás, piensen que nunca lo han hecho, pero a veces en la vida hay que tomar la iniciativa para hacer cosas nuevas. ¿O acaso tienen miedo? Pues déjenme decirles que con esa actitud que tienen nunca van a destacar en nada. Hagamos esta obra de teatro para despedir a los niños de sexto grado. ¿Dónde está el espíritu de ese maestro de vocación hoy en día? Ese docente que nunca temía a ningún reto. Por eso les pregunto una vez más: ¿Aceptan o no el reto de la obra de teatro? ¿O se arrepentirán de las cosas que nunca se atrevieron hacer y quisieron hacer, ah?

La directora miró a mis compañeros en busca de una respuesta y como todos se quedaron sin palabras, decidió que me darían una respuesta definitiva, pero me querían fuera de la reunión. Me aproximé al salón a recoger mi bolso. En ese momento surgió algo en mi cabeza que me obligó a tomar pluma y papel, se trataba de la historia a contar en la trama. Poco a poco me salieron los personajes, el ambiente, la escenografía y los diálogos. Cuando puse la palabra “fin”, había hecho treinta páginas como borrador.

A pesar de la advertencia de la directora retorné a la reunión, lancé en la mesa el texto borrador y expliqué paso a paso cómo sería la historia. Señalé a cada compañero qué personaje iba a interpretar. Recalqué la idea de convertirme en el director de la obra.

—Ya veo, maestro Eduardo, que la idea no se le quita para nada. Alcen la mano los que están de acuerdo.

En varios proyectos pasados siempre me retornaba esa sensación. Era ese peso de responsabilidad que con adrenalina me mantenía vivo. Si la obra fallaba, nadie aceptaría otras propuestas mías. Desde lo profundo de mi mente emergió las palabras del maestro Vallejos: “Debes creer en lo que haces, mi Eduardo”.

Como los recuerdos del maestro Vallejos vinieron en ráfagas y me impedían cerrar los ojos,

me senté en el borde de la cama. Encendí el interruptor, tomé la foto del maestro Vallejos y solté unas lágrimas. No podía fallarle. A pesar del miedo por los retos nunca yo decía que no, porque siempre demostraba que sí era capaz de hacer cosas que otros no tomaban la iniciativa. Me tiré de rodillas con el retrato de la primaria en mano. Como en cada desafío me hice la señal de la cruz y pedí que todo saliera bien. Me quedé largo rato en esa posición hasta perder la noción de lo que sucediera a mi alrededor.

Cuando abrí los ojos en el día de la presentación, noté que eran las cinco de la mañana, me metí en el baño y me puse la mejor ropa, porque el maestro Vallejos nos enseñó la elegancia que llevaba un docente. Me apliqué el Hugo Boss debajo de la camisa, sin importar que me había costado un ojo de la cara. Después me dirigí rumbo a la parada de Super Carnes.

Sabía de antemano que los buses del norte se agarraban, antes de las siete de la mañana, porque después todos bajaban. Miré la mano izquierda y el reloj marcaba las seis de la mañana. Al poco rato se aproximó un *coaster* de Vaquilla–Penonomé, ahí me subí. Mientras el bus arrancó ya imaginaba la sonrisa de Luna. Era yo el modelo a seguir para ella.

Cuando había escrito el borrador en la computadora y le había hecho unas correcciones, envié el guion por el grupo de WhatsApp y acordamos practicar el sábado, de manera intensa, porque solo contaríamos con ese día.

Días antes de la presentación en el gimnasio, salió a relucir los talentos de mis compañeros que nadie sabía uno del otro. Unos tocaban instrumentos musicales y creaban pinturas de lo más real, otros gozaban con una voz de los dioses en los cantos, algunos hasta llevaban la actuación en la sangre, porque eran creíbles sus interpretaciones.

Con esa misma armonía se armó la escenografía y se preparó todo el equipo de sonido. Habían más de doscientas sillas que poco a poco tuvieron dueño. Los actores y yo estábamos detrás de unas cortinas, así que segundos antes de la función observé que varias autoridades del MEDUCA estaban presentes, inclusive la directora regional Gómez. Me giré hacia mis compañeros que los nervios se los quería comer y les deseé lo mejor, pues todo saldría bien como en cada actividad que realizábamos en todo el año en el plantel.

Al rato que la directora Villareal brindó las palabras de apertura como maestra de ceremonia, escena tras escena se me quería salir el corazón para que nada saliese mal, pero cuando llegó el final de la obra, la multitud se puso de pie y los niños coreaban el nombre de sus maestros. Luego salí yo para agradecer la presencia de los padres de familia, estudiantes y autoridades educativas.

Enseguida se repartieron las canastas a los estudiantes y la comida para todos. En ese instante varios posaron para la foto con su respectivo maestro, pero mientras yo esperaba mi turno, se me acercó la directora.

—Felicidades, maestro Eduardo. Varios quedaron encantados con la obra, en especial, la directora Gómez. Ella me dijo que tomará tu idea de hacer más obras de teatro en las escuelas, pues tiene muchos beneficios para los estudiantes —agregó—. Además le planteé la idea que tú fueras mi reemplazo en la dirección y hará lo posible para que tú ocupes ese puesto.

Desde lejos llamé a Luna que sacaba unas malvas del cartucho y se los llevaba a la boca. La levanté por un brazo y me dirigí a la directora.

—La idea no fue mía, sino de ella. Luna me inspiró hacer todo esto.

Cuando se entra al cementerio de Penonomé, en el lado izquierdo, hay una tumba a punto de cerrar. Alrededor, por el poco espacio para transitar, están los estudiantes, amistades y familiares del maestro Eduardo. Delante de la tumba hay una anciana que da las últimas palabras, antes que lo cierren para siempre. Sostiene una carta, un diploma y un retrato.

—Usted, maestro Eduardo, nunca olvidaré lo aprendido en Caimito. Ahora mismo estoy jubilada, pero apenas me enteré de su muerte, vine desde Londres, pues durante varios años dirigí una investigación en Inglaterra sobre Inmunología y Cáncer. Quizás nunca se lo mostré, pero aquí tengo mi diploma en medicina. Su esposa Gabriela, sus hijos, familiares y amistades tuvieron la fortuna de

conocer una gran persona como usted. Aquí en mi mano tengo también la foto de sexto grado que siempre lo llevo conmigo. Ahora no me queda más que decirle que fue un honor haber sido su alumna. Lo echaré de menos, maestro Eduardo. Atentamente, Luna.